

RELIGIOSOS CASTELLANOS-LEONESES EN LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

EUFEMIO LORENZO SANZ

Junta de Castilla y León (España)

LAS DOS CONQUISTAS de América, la espiritual y material están inmersas en el siguiente pensamiento de Gonzalo Fernández de Oviedo: ¿Quién duda que la sujeción de los indígenas es alabanza para Dios?. El celo apostólico de los Reyes quedó patente desde los viajes de Colón y se reguló por la real provisión de Granada de 1526: «Los señores reyes..., ordenaron a nuestros capitanes, oficiales, descubridores, pobladores y otras cualesquier personas, que en llegando a aquellas provincias procurasen, luego dar a entender..., a los indios y moradores, cómo los enviaban a enseñarles buenas costumbres... instruirlos en nuestra Santa Fe Católica...».

La cristianización resultó muy difícil, pues al problema en sí, se unieron los choques entre los religiosos y los conquistadores. Solían actuar conjuntamente, aunque la tarea religiosa se acentuaba una vez pacificada la tierra. Evangelizar y transmitir la cultura a los nativos era lo mismo, dado que la enseñanza estaba en manos de la Iglesia. El virrey mejicano Mendoza decía que «más vale un soldado de estos espirituales..., que todas las lanzas... con que los castellanos entraron a rendir la tierra».

Toda América es testigo de la enorme labor educativa y evangelizadora de los religiosos de Castilla y León. Notables castellanos-leoneses ocuparon obispados en América: Vasco de Quiroga, Tomás de Berlanga, Toribio de Mogrovejo, Palafox y Mendoza, etc, aunque la labor de los frailes brilló con más fulgor. Toribio de Mogrovejo, natural de Mayorga de Campos destacó en múltiples facetas: arzobispo, misionero, organizador de la Iglesia en América del sur, defensor de los indígenas y Santo.

Tres franciscanos, Fray Andrés de Olmos, Toribio de Benavente y Bernardino de Sahagún constituyen tres ejemplos de la enorme aportación científica, educativa, cultural, etnológica y espiritual que las órdenes religiosas representaron para América. Son solamente tres muestras de la gran pléyade de religiosos y de sus riquísimas aportaciones al Nuevo Mundo.

En estos tres franciscanos y en tres obispos no pertenecientes a órdenes religiosas vamos a centrar nuestro estudio.

1. TRES INSIGNES FRANCISCANOS Y TRES MAGNÍFICOS ETNÓLOGOS

1.1. *Fray Andrés de Olmos*

Fray Andrés de Olmos es una figura clave de la historia etnográfica mejicana. A pesar de ello, ha estado olvidado y gran parte de su obra sigue ignorada y perdida. Fray Gerónimo de Mendiata decía de él que es «la fuente de donde todos los arroyos que de esta materia han tratado, emanaban».

De familia acomodada, debió nacer en Oña (Burgos) hacia 1480. Pero se educó y crió con una hermana suya que vivía acomodadamente en Olmos de Esgueva (Valladolid), apellido que tomará en religión. Después de estudiar leyes y cánones en la Universidad de Valladolid, donde fue catedrático de esta última disciplina, ingresó en la orden de San Francisco.

Fue destinado al monasterio de El Abrojo en Laguna de Duero (Valladolid), donde estaba de guardián del mismo Fray Juan de Zumárraga. En 1527 acompañó a Zumárraga a Vizcaya para cumplir una misión antibrujeril, ordenada por el Emperador. Como consecuencia de esta experiencia escribirá en 1530 en Méjico el *Tratado de Hechicertas y Sortilegios*, en lengua náhuatl.

1.2. *Fray Toribio de Benavente, Motolinía, actor realista y autor de la historia de la conquista espiritual de Nueva España*

«...tres o cuatro Frayles emos escrito de las antiguallas y costumbres que estos naturales tuvieron e yo tengo lo que los otros escribieron, y porque a mí me costó más trabajo y más tiempo, no es maravilla que lo tenga mejor recopilado y entendido que otro...»

Nació hacia 1490, pero no se conoce con certeza en qué lugar, pues al haber utilizado tres apellidos distintos la confusión es mayor. El apellido *Motolinía*, «el pobre», lo adoptó al oírsele decir a los indios, que lo repetían compadeciéndose de la pobreza de los frailes franciscanos. El apellido más antiguamente usado fue el de *Paredes* y el más habitual el de *Benavente*. Estos dos últimos se refieren al lugar de su nacimiento. Parece que nació en Paredes de Nava (Palencia) y más tarde se trasladó con la familia a Benavente, adoptando este apellido quizás para congraciarse con el conde D. Antonio Pimentel o porque la población era más importantes.

Después de ingresar en la orden franciscana y recibir las órdenes sagradas en 1516, aproximadamente, pasó a formar parte del convento de San Gabriel, en Extremadura, atraído por la espiritualidad de Fray Martín de Valencia. En Junio de 1524 llega a Méjico formando parte del grupo de los 12 franciscanos que van a propagar la fe cristiana en Nueva España. Este grupo más otros cinco discípulos de San Francisco que ya se hallaban en Nueva España, serán los 17 primeros propagadores del cristianismo en dicho virreinato. Hernán Cortés y sus soldados recibieron a la entrada de la ciudad con toda reverencia a estos frailes empolvados y harapientos.

Repartidos entre las cuatro mayores ciudades (Méjico, Texcoco, Tlaxcala y Huejocingo), Benavente queda de guardián en el monasterio recién fundado de Méjico. En 1527 se traslada como custodio al monasterio de Texcoco, el centro cultural más importante de los indígenas mejicanos. Pero la obediencia le manda a Guatemala y Nicaragua, donde desarrolla una amplia labor evangelizadora, y funda algunos monasterios franciscanos, regresando en 1529.

Al producirse ahora el enfrentamiento entre los franciscanos —apoyados por el también franciscano y obispo de Méjico Fray Juan de Zumárraga—, y la Primera Audiencia, por ser antagónicas las posiciones en cuanto al trato que se daba a los indígenas defendidos por los discípulos de San Francisco, Fray toribio de Benavente adoptó una postura decidida y durísima. No aceptó de buen grado la decisión de los prudentes jueces de la Segunda Audiencia, pues lamenta que a los oidores «un idiota los absolvió, sin que penitencia se haya visto por tan enorme pecado público».

Desde que en 1530 Benavente pasa al convento de Tlaxcala, adopta para siempre el apellido *Motolinía*. Oyendo Benavente a los indios que repetían el vocablo *motolinía*, preguntó a un español el significado. «Respondió el español: Padre, Motolinea quiere decir pobre o pobres. Entonces dijo Fr. Toribio: Ese será mi nombre para toda la vida; y así, de allí, en adelante nunca se nombro ni firmó sino *Fr. Toribio Motolinía...*».

El 16 de Abril de 1530 Motolinía asistió a la fundación de Puebla de los Angeles. En los años siguientes Fray Toribio recorrió Yucatán, Nicaragua y Guatemala fundando conventos y evangelizando. Con motivo de la aplicación de las Leyes Nuevas, Motolinía se enfrentó abiertamente a los dominicos y al Padre Las Casas, pues a pesar de profesar amor a los indios, no compartía ni el idealismo ni los puntos de vista de aquél, ateniéndose más a las realidades concretas. En 1555 escribió a Carlos I una famosa carta contra Las Casas y en defensa de la conquista, de los colonos, de la evangelización y censurando las inexactitudes y duros ataques que el dominico hacía a los españoles.

Tras una larga vida consagrada a los indios, a los que comprendió, amó y defendió en el terreno práctico y de las realidades concretas, murió en Méjico en 1569, siendo el último del grupo de los 12 apóstoles franciscanos llegados a Nueva España.

Hacia 1536 comenzó a escribir la *Historia de los indios de Nueva España*, en la que describe la vida y costumbres de los nativos, así como los progresos que realizan debido a la labor evangelizadora. Fray Toribio narra en la *Historia* sus experiencias como misionero y los progresos y conversiones de los indios por acción de los franciscanos. Aprovecha Motolinía estas enumeraciones para describir las costumbres de los nativos antes de la llegada de los españoles.

A diferencia del cronista medinense Bernal Díaz del Castillo que narra la historia militar de la conquista, Motolinía escribe la historia de la penetración y conquista espirituales, describiéndonos la transformación de las primitivas costumbres de los indígenas. La lectura de la *Historia de los indios de Nueva España* —que va precedida de una Epístola proemial dedicada al Conde de Benavente— presenta el interés de un documento vivo, castizo y realista. A pesar de censurarle los historiadores la falta de unidad y método, se presenta como una obra actual por la emoción y sobrecogimiento que relatan muchas de sus páginas. Lástima que no se publicase completa hasta 1858.

1.3. *Fray Bernardino de Sahagún: Magnífico Etnógrafo e historiador de Nueva España*

A Fray Bernardino de Sahagún se le considera el padre de la antropología de la Nueva España. En el Claustro de la Universidad de Salamanca una lápida colocada en 1966 por el Instituto Indigenista Interamericano recuerda al que fuera alumno de la misma.

Francisco Ribeira nació en Sahagún (León) en 1499 ó 1500. Al profesar en el convento franciscano de Salamanca cambió su apellido por el toponímico del lugar de nacimiento. En 1529, después de ser profesor en su convento salmantino, salió para Nueva España en compañía de otros 19 franciscanos, bajo la obediencia de Fray Antonio de Ciudad Rodrigo.

Se dedicó al estudio de la lengua mejicana, ocupando en la misma un lugar de honor, pues la llegó a dominar como los nativos y a escribirla con toda perfección. Dedicó toda su vida al estudio de la lengua, las costumbres y la historia del pueblo nahua. Por ello se le considera el fundador de los estudios de literatura nahua y hasta de la etnología moderna, dado que sus métodos de investigación son los mismos que han empleado los más modernos etnólogos.

En Méjico coincidieron los tres magníficos etnólogos de la Nueva España: Fray Bernardino, Fray Toribio de Benavente y Fray Andrés de Olmos. Los tres eran franciscanos y castellano-leoneses. Pero, en el aspecto histórico, Fray Bernardino es superior por el rigor de las investigaciones, los métodos empleados y los resultados obtenidos.

Escribió y publicó Sahagún muchas obras catequísticas, pues los misioneros aprendían las lenguas nativas, no sólo para tratar con los indígenas y catequizarlos, sino también para enseñarles a leer y escribir. Su obra cumbre fue la *Historia general de las cosas de la Nueva España* que tenía terminada en 1569. Este monumento singular de la historia y la etnografía, escrito en doce libros, retrata con rigor científico al pueblo mejicano. Numerosas e importantes noticias sobre la cultura indígena aparecen en sus páginas.

Aprobada la obra por su orden y juzgada digna de toda estima, no pudo verla publicada su autor, el franciscano, «manso, humilde, pobre, avisado y afable a todos».

Así pintaba su geógrafo Icazbalceta a este erudito investigador, que fue a la vez un apóstol y un maestro. Como verdadero padre de los indios, empleó su vida en adoctrinarlos y realizó grandes mejoras en el famoso Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Murió a los 90 años, siendo enterrado en la Iglesia de San Francisco.

2. LOS TRES OBISPOS

2.1. *Santo Toribio de Mogrovejo: Un seglar Arzobispo de Lima, eterno peregrino de los Andes*

Aunque los de Villaquejida dicen que Santo Toribio de Mogrovejo es de su pueblo, Toribio Alfonso nació en Mayorga de Campos (Valladolid) y murió en Saña en 1606. Hijo del regidor de Mayorga y de Ana de Robles, natural de Villaquejida.

De una forma sencilla cabría resumir la vida de Toribio de Mogrovejo en sus múltiples facetas, como arzobispo, canonista, misionero, organizador de la iglesia de América del Sur, defensor de los derechos de los indígenas, hombre batallador, íntegro y santo.

Después de graduarse bachiller en Valladolid, estudió teología y derecho en Salamanca. Permaneció con su tío en la Universidad de Coimbra, antes de obtener beca en el Colegio Mayor Máximo de San Salvador de la Ciudad del Tormes. Inquisidor en Granada y Presidente del Santo Oficio, su preparación como letrado y canonista emularon su espíritu conciliador y pacifista.

Fue propuesto para el arzobispado de Lima, a pesar de no haber recibido todavía las órdenes sagradas. No aceptó de momento tan altas responsabilidades, pero la insistencia de Felipe II logró convencer al andariego arzobispo, quien recibió en tres domingos suce-

sivos dichas órdenes. Consagrado obispo por el arzobispo de Sevilla en 1580, llegó a Lima en mayo del año siguiente.

En 1582 celebró un congreso provincial limense que tuvo una enorme importancia. En él se sentaron las bases de la organización eclesiástica de la provincia, se corrigieron abusos de los encomenderos y se tradujo el catecismo a las lenguas indígenas, en las cuales debía realizarse la predicación. Se acordó la fundación de seminarios en todas las diócesis, estableciéndose el primero en Lima.

Su extensísima diócesis, unos 1.000 Km de larga por 300 de ancha y atravesada por los Andes, soportaba gran variedad de climas. Su arzobispado era la capital religiosa de casi toda América del Sur. Tan difícil geografía resultaba grata a este hombre de *Tierra de Campos*, que apenas paraba en su sede de Lima, recorriendo incansable la dispar geografía andina. Realizó tres visitas a su extensísima diócesis, recorriendo los más inhóspitos lugares..

El recio e inflexible castellano-leonés tuvo roces con las autoridades civiles del virreinato, pues siempre defendió la libertad de la iglesia frente al poder civil.

Pero Toribio de Mogrovejo que conocía bien las universidades de Valladolid, Salamanca y Coimbra fundó dos Colegios Mayores, anejos a la Universidad de Lima y con los privilegios y facultades de las universidades castellano-leonesas. La cátedra de lenguas autóctonas (quechua y aymará) dará a conocer éstas en la universidad limeña a todos los que deban instruir a los indígenas. Su dominio del quechua hizo más fructífera su gran labor en pro del indigenismo, la iglesia y la cultura.

2.2. *Tata vasco, o la utopía hecha realidad entre los indígenas mejicanos*

Vasco de Quiroga nace en Madrigal de las Altas Torres en 1470, donde pasa los años anteriores a su traslado a Valladolid para estudiar jurisprudencia. Su fama como letrado en la Chancillería de Valladolid le elevó a oidor de la segunda Audiencia de Méjico, presidida por Sebastián Ramírez de Fuenleal, antiguo colegial de Santa Cruz de Valladolid.

En Méjico fue conocido muy pronto por su rectitud, benevolencia y justicia, y reconocido como uno de los Justos Jueces de la segunda Audiencia. Su labor cultural y evangélica fue inmensa. Consiguió del Emperador que los indios *chichimecas* no pagasen tributos con el fin de que aceptasen vivir en poblados. Bajo su influencia se desarrollaron los principios religiosos y se pusieron los cimientos de una educación pública. Realizó por sí solo en Michoacán la labor de una verdadera legión de civilizadores.

Su obra estuvo guiada, en parte, por el deseo de poner en práctica las doctrinas de la utopía de Tomás Moro. En 1531 estableció en los suburbios de la ciudad de Méjico una original institución comunitaria: el Hospital-pueblo de Santa Fe. Después de pacificar la región de Michoacán, fundó en 1533 el Hospital-pueblo de Santa Fe de la Laguna, a orillas del lago Pátzcuaro. Reunidas allí doscientas familias de *tarascos*, les compró tierras y organizó su vida, asistiéndose unos a otros, cultivando la tierra y viviendo de los bienes comunes. En jornadas de trabajo de seis horas, los indios alternaban las labores urbanas con las rurales en la granja escuela que contaba con industrias anejas: telares, molinos, batanes, enfermería, cría de ganados, etc. Todos vestían igual, y mientras a las niñas se les enseñaba a hilar y tejer, a los niños se les enseñaba a leer, las buenas costumbres, la doctrina cristiana y la agricultura.

En 1537 fue nombrado Obispo de Michoacán por deseo del Emperador. Traslado la sede del obispado a Pátzcuaro y fundó el seminario de San Nicolás de Tolentino. Inten-

tando plasmar en hechos prácticos las ideas humanistas y erasmistas más nobles del renacimiento creó 92 hospitales-pueblos, distribuyó oficios e industrias por barrios y urbanizó poblaciones. Una larguísima vida dedicó Quiroga al servicio de los mejicanos, pues murió en Uriapán a los 95 años.

Pedro de Gante y Vasco de Quiroga, dos de los grandes educadores del siglo XVI en Méjico, son notables por haber demostrado prácticamente que los indígenas, como los demás hombres, además de la doctrina, necesitaban recursos materiales para mejorar de vida. Vasco de Quiroga demostró también, que era posible la justicia y la convivencia entre los hombres.

La obra de TATA VASCO (Padrecito Vasco) fue desapareciendo con el tiempo, pero entre los *tarascos* permanece la veneración por el Padrecito que creía en ellos: «yo creo cierto que aquesta gente de toda esta tierra y Nuevo Mundo, que cuasi toda es de una calidad, muy mansa y humilde, tímida y obediente...».

En 1550 volvió a España Vasco de Quiroga. En Valladolid fundó el convento franciscano de San Bernardino. No olvidó Tata Vasco a Madrigal, ni a su paisana la Reina Católica. En recuerdo de la ciudad de Santa Fe, fundada por ésta en Granada, puso a dos hospitales mejicanos, dicho nombre. Recordando la iglesia de su bautismo, denominó San Nicolás el seminario fundado. Nuestra Señora de la Asunción, venerada en la iglesia de Santa María del Castillo de Madrigal, fue coronada patrona de la catedral de Michoacán.

2.3. *Burgo de Osma y el venerable Palafox, o el obispo de los dos mundos*

Pocos hombres en la historia pueden hacer gala de haber desempeñado tan polifacéticas actividades: diputado en Cortes, magistrado, consejero de Indias, Obispo en América y en Castilla y León, escritor... También fue en 1542 virrey y capitán general de Nueva España y arzobispo de Méjico. Actuó, asimismo, como visitador de Nueva España, ostentando un poder extraordinario, dado que llegó a suspender de sus funciones al propio virrey marqués de Villena.

Hijo natural del marqués de Ariza. Su padre le dio sus apellidos y le incorporó a su ilustre casa, al enterarse de su existencia, cuando ya Juan tenía diez años. Cursó estudios en las universidades de Alcalá de Henares y Salamanca, destacando en los jurídicos. Su gran capacidad, avala su fulgurante carrera política. Comienza como diputado de la nobleza en las Cortes de Aragón de 1526, siendo más tarde fiscal de los Consejos de Guerra y de Indias, del que llegó a ser consejero. Pero su paso por estas altas esferas del poder real no le satisfizo, tal como lo muestra en esta cuarteta:

Marqués mío, no te asombre
ría y llore, cuando veo
tantos hombres sin empleo
tantos empleos sin hombre ...

Ordenado sacerdote, viajó por Europa como capellán de la hermana de Felipe IV, María de Austria, siendo promovido obispo de Puebla de los Angeles en 1539. En esta diócesis desarrolló una eficaz labor pastoral, perturbada por el enfrentamiento serio que durante seis años mantuvo con los jesuitas. Al negarse éstos a presentar al obispo sus licencias para confesar, respondió el purpurado con multitud de excomuniones. Fue uno

de los obispos más eminentes de su diócesis, a quien ésta no olvidará jamás dado que, además de ordenar la labor del clero secular, realizó grandes obras para terminar su gran catedral, construyó el palacio episcopal, el Triple Seminario y fundó una de las bibliotecas más importantes del continente, a la que donó la suya. En 1649 Felipe IV le obligó a regresar a España para dar cuenta de sus diferencias con los jesuitas. En 1653 se firmó una concordia entre Palafox y Mendoza y la Compañía de Jesús. Sin embargo, Palafox había perdido la privilegiada posición que tenía en Méjico, a donde no volverá. La diócesis de Osma tendrá la inmensa suerte de tenerlo como obispo los seis últimos años de su vida (1654-1659). Bastaron éstos para que Palafox fundase la Escuela de Cristo en Soria, implantase varias prácticas piadosas en su diócesis y se convirtiese para Burgo de Osma en una de las personalidades que más resonancia internacional le han dado y más huellas visibles le ha dejado: capilla, palacio, escultura, etc.

Palafox y Mendoza es un hombre muy importante en el mundo cultural y educativo. Su polifacética obra como escritor fue publicada completa en trece gruesos volúmenes un siglo después de su muerte. Una aportación valiosísima realizó el obispo de Osma al reformar los estatutos de la Universidad de Méjico que estuvieron vigentes hasta concluir el período hispánico. La biblioteca pública de Puebla de los Ángeles, que todavía hoy permanece abierta, sigue ostentando orgullosa el nombre de Biblioteca Palafoxiana.

El cuerpo del gran Palafox, nacido en Fitero (Navarra) fue sepultado en el presbiterio de la catedral de El Burgo de Osma, bajo una sencilla lápida. Pero la sorpresa fue mayúscula cuando en 1666 al trasladar su cuerpo a una urna de piedra pudo comprobarse que se hallaba incorrupto, conservaba el color natural e íntegros los ornamentos sacerdotales que lo vestían. Aumentada así su fama de santo, la Iglesia declaró venerable, al inquieto, activísimo, bravo e inteligente obispo de los Dos Mundos, nacido en el tránsito de los dos siglos (1600).

Universidad Complutense de Madrid (España)

1. INTRODUCCIÓN

EL LUGAR es Cancuc, una entre las numerosas comunidades indígenas situadas en la vasta región montañosa de los Altos, en el Estado de Chiapas al extremo sureste de México. En el presente Cancuc suma veintidós mil habitantes que viven en pequeños parajes situados en los cerros más o menos planos de las laderas de un profundo valle que desciende de los dos mil m. de altura hasta los seiscientos m. por donde corre el río; la excepción es el «terruño» habitado por cinco mil vecinos, pero no obstante ocupando el espacio de modo considerablemente disperso; allí se encuentra la iglesia, el edificio de gobierno municipal, y sobre todo es donde se realiza el mercado cada semana que congrega a los caciques de casi todos los parajes para intercambiar sus productos (dado que es zona tropical y por la diferencia en altura, la variedad es considerable). Los caciques subsisten de sus propios cultivos, sobre todo maíz, y recientemente han comenzado a cultivar en algunas zonas café y miel para su venta. La lengua es una variante dialectal del tzeltal (hablado por unos 350.000 indígenas de México), una de las lenguas que componen la familia Macro-Maya. Cancuc es, por tanto, una comunidad de habla; es también una comunidad ritual; y, quizá lo más importante, es una comunidad de parentesco, endogamia, y chiapaneca, por tres clases divididos en cerca de sesenta linajes. Es, también, una ciudad discreta en términos de administración política: tzeltalana, un municipio, del mismo grado que durante el período colonial —desde mediados del siglo XVI— fue un apogeo de indios para la Corona y «cabecera de paraje» de la Orden de Predicadores.